

## EL HIJO PRÓDIGO

*“Había un hombre que tenía dos hijos, y el más joven de ellos le dijo un día a su padre:*

*-Dame la parte de hacienda que me corresponde.*

*Entonces el padre repartió sus bienes entre los dos hijos. Unos días más tarde, el hijo más joven marchó a tierras lejanas y en ellas malgastó su fortuna viviendo lujuriosamente. Y después de haber gastado todo, un hambre terrible sobrevino en aquella región, y él empezó a pasar necesidad. Púsose a servir a un hombre para cuidar sus cerdos. Ganas le daban de llenar su estómago con las algarrobas que los cerdos comían. Pero nadie le daba ni siquiera eso. Recapitando, el muchacho se dijo a sí mismo: En mi casa cuántos jornaleros de mi padre tienen pan... y abundancia, mientras yo muero aquí de hambre. Dejaré esta tierra, volveré a la mía e iré a mi padre para que me emplee como jornalero.*

*Y así se puso en camino. Todavía se hallaba bastante lejos de su casa cuando lo vio llegar su padre y a éste le dominó de tal modo la compasión, que corrió al encuentro de su hijo, le abrazó fuerte y le besó. El mozo dijo:*

*- Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de que me llamen hijo tuyo.*

*Pero su padre llamó a sus criados y les dijo:*

*-¡Pronto, traed la mejor túnica que haya y ponédsela, ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies. Matad al cordero más cebado y vamos a celebrarlo con un banquete. Mi hijo había muerto, y hoy ha vuelto a la vida.*

*Luego, el hijo mayor, que había salido a trabajar en el campo volvió a la casa y oyó en ella música y cantos. Llamó a un criado y le preguntó qué pasaba y el criado se lo dijo. Entonces el hijo mayor se indignó de tal manera que se negaba a entrar en la casa, salió su padre a tratar de convencerle, pero él le replicó:*

*-He estado sirviéndote durante muchos años sin desobedecer ninguna orden tuya. Y nunca me has dado ni si quiera un cabrito para celebrar un festín con mis amigos. Pero en cuanto ha vuelto ese hijo tuyo que devoró su fortuna con meretrices, has hecho matar para él el ternero más cebado.*

*-Hijo mío, -le replicó el padre-. te ruego... que procures comprender: Tú siempre estás conmigo y todo lo mío es tuyo, pero celebrarlo era justo. Tu hermano estaba muerto y ha recobrado la vida, estaba perdido y ha sido encontrado....”*

(Parábola del Hijo Pródigo)

Hoy me siento el menor de los hermanos. Hoy me siento ante Ti, Señor, como ese hijo pródigo que ha estado deseoso de comer las algarrobas de los cerdos, tras malgastar la fortuna de Tu amparo. Pero no del todo.... No del todo. Porque si bien por circunstancias de mi vida, hubo un tiempo en que estuve ausente de Ti, hace algunos años ya que volví a esta que siempre ha sido mi casa, a la compañía de los que siempre han sido mis amigos, mis hermanos. Porque nunca dejé de sentirme hijo Tuyo. Hoy, mis queridos hermanos de Santiago, me han encargado que Te hable antes de que reines sobre tus andas otro Jueves Santo más de nuestras Vidas. Antes de que seas Tú quien venga a nosotros por las calles de esta Carmona que se convierte en una

pequeña Jerusalem cada Cuaresma, en lugar de ser nosotros los que vengamos a Ti, a verte a Tu Casa, a la que siempre fue, es, y será nuestra casa.

¡Vienen a mi mente tantas vivencias a Tu lado, Señor! Porque desde que era muy pequeñito, vine a servirte y que acogieras en mi regazo la mitad de mi corazón, y a que Tu Madre Paciencia acogiera la otra mitad. Porque fui en esta casa niño, adolescente, y ahora intento ser hombre de provecho. Porque fui monaguillo ayudando en Tu Santa misa, acólito en Tu incienso, cirial en la luz que Te anuncia e ilumina, penitente bajo Tu túnica blanca y antifaz azul, actor amateur de teatro en el Patio de Tu casa. Hermano de Corazón y de cuota, Simpatizante, Amante, y todo lo que Tú quisieras que haya sido y sea, Señor.

Por eso, porque nos conocemos ambos tan bien, hoy quisiera perder la formalidad de este atril, y hablarte como siento que me gustaría hacerlo, como dos amigos que se sientan a tomar un café en el salón de casa. Hoy quiero sentarme a Tu lado Señor, y beber cuando bebas, y mirarte cuando me hables, y hablarte cuando me mires que es siempre con esos ojos piadosos y llenos de Misericordia Infinita. En Presencia de Tu Madre, sabia acompañante silenciosa de las conversaciones que tuve, tengo y tendré siempre contigo, en la soledad de mis pensamientos y mi habitación.

¡Cuántas veces, amigo, he disfrutado de Tu Divina mirada, a solas con esta nuestra Casa de Santiago apagada y solo la luz de Tu camarín y la propia Luz que Tú desprendes! ¡Y cuántas no he sentido mi infinita pequeñez ante tus plantas. Y cuántas no he acatado la Majestuosidad de tu figura avanzando de frente hacia mí encima de ese paso que ahora Te espera deseoso de ser un camino de rosas para Tus pies, que no serán otros que los cuellos ardientes de los hijos que van a llevarte a Evangelizar otro Jueves Santo a mi Ciudad.!

Pero me aparté de Ti, sólo físicamente. Porque sentí, vi cosas, que hicieron sentirme receloso de lo que yo entendía que Tú querías como vida de Hermandad. Mi cobardía fue no luchar porque Tu mensaje más universal: “amarás a tu prójimo como a ti mismo”, hiciera sucumbir los conflictos entre mis hermanos, sólo por ver... o quién tiene razón, o quién Te ama de mejor forma, o quien dirige mejor a estos tus Hermanos de Santiago. Me equivoqué. No supe ver, al igual que otros muchos, que por encima de todo estabas Tú. Que todo lo mandas Tú, que todo lo perdonas Tú, que todo es por Ti y por Tu Bendita Madre.

Con el tiempo en nuestras charlas íntimas de mi dormitorio antes de caer rendido al sueño, aprendí a echarle de menos. Vi nuevos aires en mi casa, y sin dudarlo volví a hacerme Hermano. El hijo pródigo que no pasó hambre, pero que simplemente echaba de menos ver a su Padre y a su hermano mayor. El que protestó porque el menor se había ido, que quiero personificar en el resto de mis hermanos de la Columna. Pero sólo me fui de tu vida social y física. La privada y la espiritual, jamás dejó de estar junto a Ti señor. Presente en mi corazón, en mis oraciones, en las fotos de mi cartera, en las de los cuadros que adornan la repisa de mi cuarto, y la cabecera de mi cama. Teniendo presente en cada Jueves Santo la medalla primera que recibí cuando me hice hermano por primera vez, ahora ya oxidada y con su cordón ennegrecido. La que tengo también siempre a la vista en mi repisa, y sustituyo en mi pecho cada Jueves Santo por una que aparente más belleza para la ocasión. Pero para mí la más bella sigue siendo la primera, la que nunca olvidé, la oxidada por el cariño de los años que pasan. Tengo presente cada Jueves Santo a mi hermana Lola, la mano de la que por primera vez pisé esta, mi Casa de Santiago. A mi hermano Luis, que fue la parte de mi corazón que se transformó en cuello y espalda para llevarte durante diez años, ya que la mía nunca pudo hacerlo por motivos de salud y falta de fuerzas.

Yo creo, Señor, Amigo mío, que nunca me has permitido hacer ciertas cosas, porque tenías para mí otro destino reservado. Porque no todo el mundo vale para mantener su rostro cubierto por un antifaz más de un tiempo determinado. Yo no recuerdo de pequeñito, doliente de una neuralgia crónica, haber podido acabar un recorrido completo de Tu Estación de Penitencia. Reclamaba con seis o siete añitos la presencia de mi madre porque me dolía la cabeza, me mareaba y acababa con náuseas, en casa, pasando un rato realmente doloroso, mientras Tú llegabas a ésta Tu Casa de Recogida. Más tarde, a cara descubierta, portando un cirial, o una naveta o un incensario, lograba acabar el recorrido, pero igualmente afectado por mi neuralgia, quien sabe si por el humo del incienso, o porque Tú eras quien lo mandaba así para que mi penitencia fuera completa.

El caso es que cuando tuve la edad para poder salir de costalero, quise verte un año en la calle, antes de sentirte en mi cuello. Y ahí... fuisteis Tú y Tu Madre mi perdición. Mis lágrimas afloraban de la emoción, un escalofrío me sigue recorriendo hoy por el cuerpo cuando os veo venir de frente, "siempre de frente", ¿Eh Macedo? Siempre lo quieres de Frente. Como vienen los hombres y yo en su momento no supe ir, ni con Él, ni contigo, ni con muchos de vosotros queridos hermanos míos. Es por eso que antes de seguir con esta meditación, hoy mis primeras palabras debían ser las del hijo pródigo: Pequé contra el cielo y contra vosotros, no fui digno de llamarme Hermano vuestro, solo espero que hoy, ante Nuestro Padre Jesús Atado a La Columna, podáis y queráis aceptarme de nuevo, Por eso mi primera palabra para vosotros hoy es: PERDÓN.

No quisiste Jesús, y sólo Tú sabes por qué, que acabara siendo un costalero Tuyo, o uno de Tus celadores, o uno de Tus cirios, o uno de Tus contraguías, o uno de Tus pertigueros... no. Lo que quisiste fue que mi Estación de Penitencia particular fuera contar Tus andares por la ciudad a tantas y tantas personas que no pueden verte en la Calle. Tú quisiste que me hiciera un humilde contador de cosas, y entre ellas, que mis palabras ilustraran Tu Salida por esa puerta, y Tu entrada por la Lonja de Santa María. Tú quisiste alguna vez que lo contara por escrito, otras por la Radio, y otras con mis queridos y humildes trabajadores de Televisión Carmona, que te llevan a través de sus imágenes a tantos y tantos hogares donde hay tantos hijos Tuyos y tantas hijas Tuyas que no pueden ir a verte. Es otra forma más de seguir Tu ejemplo, de ayudarte en Tu Columna a que no caigas en tu Sagrada Misión de Evangelizar cada Jueves Santo. Si Tú así lo has querido Señor, hágase Tu voluntad, y no la mía.

Ahora, que celebramos el año de la Fe, Amigo Jesús, cuántas y cuántas veces no habrás recibido el latigazo de la falta de ella, por parte de tantos y tantos hijos tuyos. El latigazo de quien Te negó como lo hizo hasta tres veces Tu apóstol San Pedro, y el alivio de las lágrimas derramadas al darse cuenta del error que era apartarse de Ti. Hoy vuelvo a Tu encuentro, Señor, por el camino del cariño. Por el camino de quien sueña verte cada Jueves Santo en Tus andas. Por el camino de quien lleva desde un tiempo, que ya provoca el amarilleo, una estampa Tuya y de Tu Madre en la cartera. Por el camino de quien de niño, obsesionado con plasmarte en cada sitio que podía, se aprendió de memoria Tu imagen y Te dibujaba casi con los ojos cerrados.

Son tantas y tantas vivencias las que creo tener contigo, aunque imagino que el calificativo de cualquiera de éstos mis hermanos que están hoy aquí presentes, para las tuyas, usarían el de infinitas. Porque no son lo mismo las vivencias en privado, que las de la vida pública de hermandad, en la que yo estuve ausente ciertos años. Pero en mi corazón... ahí donde sólo Tú tienes la llave, ahí ya sabes las que hay. Muchas, muchísimas. La mayoría y las más frescas en mi memoria están ligadas a la compañía de Teatro Santiago, cuando nuestro local de ensayo improvisado era la Sacristía de ésta que es Tu Iglesia. Yo nunca faltaba a mi ratito sentado en

las bancas esperando al resto de compañeros actores, mirándote embobado a esos ojos infinitos. Luego iba a saludar a Tu Madre antes de irme. Era un ritual que cumplía religiosamente cada tarde de ensayo, antes de salir a ver los mágicos atardeceres del barrio que tienes por casa.

Hoy quiero contarte algo que ya sabes. Unas cuantas cosas que Tú sabes, porque lo sabes todo, pero que mis hermanos igual no. Y aunque no esperaba nunca hacerlas públicas, creo que es el momento de que a modo de anécdotas, las confiese en pago por mi ausencia. Con Tu permiso, le hablo a mis hermanos y las cuento. Para sonreír hay muchas, como muestra un botón, veréis hermanos:

Hace poco volví a ver una salida de la Hermandad de hace ya bastantes años. Dejad que os ponga en situación. Corría una de esas tardes interminables en las que parece que el sol no quiere ponerse. La magia de la luz anaranjada y azul del cielo de Santiago ponía la nota colorista a la Sagrada Cita de todos los que somos, hemos sido, o nos sentimos “kíkilis” en lo más hondo de nuestro corazón. La gente se agolpaba para ver la Cofradía de La Columna incluso hasta dentro del pequeño patinillo de entrada a la Iglesia. De repente suena el llamador. Una levanta al cielo y las luces de los guardabrisas que se intuyen. Macedo ordena un “de frente poco a poco”, y Su figura comienza aparecer por el dintel de la puerta. Se hace el silencio en la Plazuela de Santiago. La gente contiene la respiración. Macedo para de dar indicaciones, pidiendo siempre “la llámame mu cortita”. El paso a escasos centímetros del dintel de la puerta por ambos lados. Y de repente... alguien pensó “aquí no veo bien, mejor verlo de frente”, y surgió un niño del lado izquierdo de la puerta que comienza a cruzarse y mira el paso de frente, situándose por un segundo delante de Macedo. Evidentemente solo estuvo ahí un segundo porque en aquel silencio se escuchó un “NIÑO QUE HACES AHÍ ME CAGO EN LA MÁ”. A lo que el pequeño reaccionó como una exhalación situándose al otro lado de la puerta.

Yo al verlo y tras la sonrisa, pensé: “qué grande eres Señor, que hasta los niños quieren tenerte cerca, verte, y jugar a ser tus capataces, hasta en un momento tan intenso como el de Tu Salida”.

Pero, Amigo mío, Señor, las hay más duras. Como Te he dicho antes mi hermano Luís fue uno de los cuellos que te llevó por Carmona durante más de diez años cada Jueves Santo. Hoy y desde hace muchos años que, por causas de ir a buscar el pan de sus hijos donde lo había, lo tengo lejos, es inevitable que lo recuerde cada Jueves Santo más que ningún día, cuando no puede escaparse para verte, que me consta que lo hace cada vez que tiene ocasión. Pues bien, como también Te dije anteriormente quiso el destino que se cumplieran diez años desde que dejó de ser tu costalero y aquella Semana Santa yo estuviera como también hace muchos años, trabajando para los que no pueden salir a la calle a verte. Como siempre, a la salida de Santa María, yo me acerqué con el micrófono para que se oyeran las siempre sensacionales palabras de Macedo en la llamada a sus hombres. Pero esta vez no fue Macedo el que habló. Fue mi querido Pepe Zayas, el que dijo simplemente, “esta levanta va por Luís el químico”.

No hicieron falta más palabras. Macedo respondió: “Ay, por él va”. Yo sentí como un nudo enorme se me anudaba en la garganta. El paso se levantó, y yo entre lágrimas no pude articular palabra. Por suerte, aquel día estaba mi amigo y compañero Juan Ramón Cortázar, al que le solté el micro como pude, mientras hacía lo imposible por contener las lágrimas en vano, para no sentirme observado por la gente que abarrotaba la Lonja de Santa María. Cuando pude recobrar la calma, solo pude espetar un “Gracias Pepe, Gracias Macedo”, y dejar que sonara la marcha que acompañaba a la revirá del paso hacia la Plaza de San Fernando. Tú lo sabías ¿verdad? Tú quisiste que estuviera allí, Tú quisiste darme los medios técnicos para

que luego, mi hermano viera esa levantá en tierras lejanas. Tú quisiste darme la fuerza para seguir con aquel día de emociones. Tú me pusiste a la vera a mi amigo Juanra, para que se hiciera cargo de cubrirme las espaldas mientras lloraba emocionado. Tú y sólo Tú lo dispusiste todo para que ocurriera como ocurrió. Eso creeré siempre.

Pero aún Te faltaba hacerme otro regalo. Uno que no olvidaré mientras viva. Dime que sí, que fuiste Tú quien dispuso que hace ya cuatro años, al salir de mis labores de la retransmisión en Televisión Carmona fuera a verte a la puerta de la Biblioteca, y hablaste por la voz de Tu mejor amigo terrenal, que no es otro que el que te guía por la Ciudad. Andaba yo buscando un buen ángulo para hacerte otra más de las no sé ni cuantas fotos que tengo ya de Ti, y Macedo me saludó, me miró y me dijo: “quédate aquí a mi lao que vas a ver una cosa bonita”. Y vaya si la ví. Te ví a Ti, Señor, subir con un esplendor incomparable la calle Domínguez de la Haza de una sola chicotá. Mi pasión fue tanta que ya no supe moverme de Tu lado. Y te ví lo que quedó de recorrido hasta disfrutar de Tu recogida desde dentro de la Iglesia, que no veía desde aquellos años que entraba delante de Ti portando tu cirial. Pero esta vez sin neuralgia. Esta vez con mi cintura y mis pies machacados por el cansancio debido a mi sobrepeso.

Pero aquella noche, llegué a casa, con una sensación de plenitud que nunca he recordado haber tenido antes. Dudo todavía si fue Macedo quien me habló, o fuiste Tú por medio de su voz. El caso es que aquel Regalo que me hicisteis entre Tú y Tu mejor amigo fue como una revelación. Tanta que al año siguiente, volví a pedir el favor a Macedo y al Hermano Mayor, mi querido Carlos Dana, de que me concedieran el privilegio de acompañarte entre Tus acólitos y el Capataz, hasta el punto de ir a sacarme una papeleta de sitio, que me permitiera incorporarme tras terminar la retransmisión. ¿Qué sí lloré? Tú sabes que sí, de la emoción al verte entrar, de satisfacción y plenitud al llegar a mi casa, de la tristeza y de la impotencia al verte dos años ya sin poder salir Excelso por esa puerta.

No me siento con derecho a pedirte nada, Señor, así que perdona mi atrevimiento y mi egoísmo. Pero ojalá vuelvas a hablar por la boca de quien te lleva y me invites a acompañarte de nuevo viéndote andar de frente, vibrando con Tu mirada. Creo que es suficiente como apartado de anécdotas, para que mis hermanos sepan ya que me siento de nuevo uno más. Pero no más que nadie, no me importa ser el último de la fila, no porque tu dijeras que “los últimos serían los primeros”, si no porque no me hace falta estar en primera fila para quererte lo que te quiero, y para tener vivencias contigo, estas que he contado y muchas más, que creo que siempre se quedarán para Nosotros.

Porque cuántas cosas Te pedí y en cuántas de ellas me echaste una mano. Cuantas cosas me negaste y dije “hágase Tu voluntad”. Cuántas miradas, cuántos rezos, cuántas regañinas, cuántos besos. Cuántas charlas con amigos en los que he dicho tan orgulloso “yo soy del Señor de la Columna”. Cuántos amigos, cuántos, en mi corazón de los años primeros y de los recientes, cuántos abrazos de Paco Dana, de María José Rodríguez, de Miguel, de Alberto, y de tantos otros cariños forjados con los años. Cuántos ratos de Jueves Santos de mañana al calor de los buenos manjares y de las charlas con la cuadrilla de costaleros de aquellos años en los que mi hermano me acompañaba. Y se nos pasaban las horas venerando los momentos en los que Te recordábamos, Señor, en cada salida, en cada chicotá, en cada mecida, en cada levantá.

Hoy me encargaron hablarte. Pero es que yo no sé hacerlo con tanta gente mirando, así que espero estar haciéndolo por lo menos dignamente, aunque creo que no a la altura de los que me han precedido. Mis palabras no tienen alta literatura, ni epítetos ilustrados. Mis palabras no están siendo un sermón que muestre el alto concepto de la religiosidad para demostrarte el Fervor que todos Tus hermanos Te tienen. Yo solo me limito a hacer lo que sé, lo que me han

encargado, que Te hable como siempre lo he hecho, solo que esta vez no lo hago a solas contigo. A la altura que estamos y todavía no te he escrito ni unos simples versos, pero... es que no quiero arrancar el aplauso como si esto fuera un pregón o una exaltación. No. No hemos venido a eso. Y si lo hago, que sea en la forma de mi amado soneto, el que si bien aún no alcanzo a dominar, es el verso con el que me siento más cómodo o puede que hablándote a Ti, me salgan incluso otro de otro tipo. Qué más da. Si te los hago procuraré recitártelos de la mejor forma que sé. Igual que intento llevar este encuentro entre nosotros de la mejor forma que sé. Igual que intento servirte y venerarte de la mejor forma que sé. Intento ser Cristiano de la mejor forma que sé, y sobre todo, intento quererte de la mejor forma que sé... porque sé, que te puedo querer más cada día, y en ello estoy, Amigo Mío.

Será mejor que Te vayas preparando, que en un ratito vas a volver a Tu mejor altar, a Tu mejor camarín. Tus pies ya están preparados, me consta. Tus andares por Carmona, volverán a ser los de siempre, los del Rey de Reyes, los del Dios Todopoderoso que te mira cuando se acerca de frente, y el hombre azotado y dolorido que se aleja de espaldas (como dijo nuestro querido y entrañable Antonio Lería, al que a buen seguro tendrás muy cerquita de Ti). En esa espalda, que refleja con fidelidad el castigo que te infringieron los soldados romanos, cada milímetro cuadrado de Tu sangre es un pecado nuestro. Cada azote es un dolor del mundo que recibes, y así...

Te azotan por nuestras culpas,  
te golpean por nosotros,  
y por los golpes de otros,  
cuyos desprecios ocultas.

Y sabemos que percibes,  
que Te queremos querer...  
Y Te miramos sin ver  
los azotes que recibes.

Azotes por los pecados,  
azotes por las mentiras,  
por la envidia, por la ira,  
por los rezos olvidados.

Y más azotes... los míos,  
y más... los de mis hermanos,  
y más látigos mundanos  
que Te duelen, Padre Mío.

Tantos azotes Te dimos...  
te hicimos tantas heridas...  
y qué poquitos quisimos  
limpiar Tu sangre vertida.

Hoy que otra vez te esperamos,  
que te alzamos nuestro canto  
desátate de las manos,  
y Reina en el Jueves Santo.

Va llegando la hora Amigo mío. La hora de decirte de nuevo "hasta la próxima". Porque decirte "Adiós" nunca te lo dije y no va a ser ahora. Ahora ya que no pude ni podré sentirte en

mi cuello quiero ser uno de los hombros que te alcen a tus andas, mientras suena la incomparable voz de mi amigo Manuel. Y por supuesto, no irme de este atril sin un saludo a tu Bendita Madre. Para ella todas las rimas, todos los versos, todos los poemarios, todo es poco. Déjame Señor que la despida como merece:

Te miro y ya no sé... cómo mirarte  
te hablo y ... me parece que respondes  
te busco y ante mí...jamás Te escondes.  
dime si no mereces venerarte.

Si en cada lágrima que cae por Tu cara,  
mandas Paciencia y mandas alegría,  
¿qué hijo tuyo si Te mira no vería  
en Ti mayor pureza, y luz más clara?

Por eso, Madre mía de Paciencia  
me sabe a poco cada penitencia,  
y el amor que por Ti llevo tan dentro.  
por eso me tendrás ya de por vida,

Viniendo y acudiendo sin medida,  
hasta el fin de mis días, siempre a Tu encuentro.

Padre, Señor, Amigo mío. Para terminar decirte que me cojas de Tu mano. Te propongo un plan: Salgamos el Jueves que Tú sabes a darnos una vuelta por esta ciudad que te espera desde hace ya tres años. Déjame contárselo a los que no puedan acudir a la cita como siempre Has hecho. Y déjame vivir el resto de la noche Contigo, como si fuera la última. Protege bajo tu amparo a nuestro Papa Francisco I, ilumina en tu omnipotencia a nuestra Hermana Mayor y toda su Junta y dales salud y fuerzas. A ellos y a todos nosotros, porque es lo justo. Lo justo sólo es pedirte Salud, para poder venir a verte cada Jueves Santo, cada jueves del resto del año, cada día del resto del año hasta que llegue el momento de que otro hermano te proponga el plan de salir a ver la Calle. ¿Aceptas?

Este hijo pródigo ya calla, porque ahora tienes que hablar Tú sin hablar. Hazlo como sólo Tú sabes, con la mirada que habla a todos los que te queremos y veneramos como una parte más de nuestro corazón que late por sí sola y con más fuerza que nada en esta vida. Espero haber estado a la altura que mereces Tú y que merecen mis hermanos. Y sobre todo a Ti, Padre, Señor, Amigo mío, gracias por la fiesta al verme regresar, y a mi hermano mayor, hoy aquí presente en cada uno de los hermanos de Santiago y amigos presentes, gracias por entender, que estaba perdido, y he sido encontrado.

No Te siento en un costal... pero Te llevo  
no voy bajo un antifaz... y te acompaño.  
no te veo envejecer... y pasan años  
y mi corazón por ti, cada año es nuevo.

Ante Ti no está mi hermano... y va conmigo  
tras de Ti no voy tocando... pero sueñas  
en mi alma con la música serena,  
de ser mi Padre, mi Señor... mi Amigo.

Sube al paso y quédate tranquilo,  
que ya Carmona tiene el alma en vilo,  
por ver una vez más como te mueves.  
yo ya me quedo en silencio, y rezando

Te digo muy bajito, meditando:  
"Hasta el Jueves, Amigo mío... ¡Hasta el Jueves!"

Francisco Luis Prieto Baeza  
16 de Marzo de 2013

